

“Helios”

Félix Matos Bernier

De Rubén Darío puede decirse lo que dijo Emilio Bobadilla de Aniceto Valdivia: “Se ha encaramado en el Chimborazo de la metáfora”.

Después de leer sus últimas poesías –debieran realmente ser la últimas– un gesto de sorpresa o desdén se escapa al más prudente. No se necesita un espíritu crítico: basta la concepción de lo racional para juzgarlas.

Con motivo de una fiesta celebrada el 13 de Mayo, en el Ateneo de Madrid en honor de Cervantes, fue leída una poesía de Rubén Darío, titulada “Letanías de nuestro señor don Quijote”, trabajo tan deficiente que no parece original de un poeta de fama, sino de algún “chiflado” en plena arbitrariedad de facultades.

Pero algo peor –no algo, sino mucho peor– resulta su canto “Helios”, leído en el paraninfo de la Universidad de Madrid con igual motivo. En esta hermosa fiesta, tomaron parte disertados escritores europeos y americanos. Y, al decir de *El País*, la nota más interesante fue sin duda la composición de Rubén Darío.

Sorprende esta opinión. Parece que una transigencia excesiva reina en aquel taller de pensamiento, en cuya bigornia formidable cae con sonora estridencia el martillo de oro de Alfredo Calderón.

¿Es criterio absoluto?... No.

“Helios” –perdónese la frase– es un estupro artístico. Poesía hueca, como una campana; soporífera como la flor de la mandrágora; aparatosa como un discurso del célebre Panurgo de Rabelais.

El amor al Arte y el sentido común no se han perdido todavía. No hay obligación, ni por imposiciones de patriotismo, de aplaudir aquello que no lo merece. En este caso “Helios”, aplaudida como poesía,

acaso por una especial condescendencia, debe ser juzgada con fría imparcialidad.

No conozco, del brillante estilista de “Tierras Solares”, poesía más frágil. Si fuera producto de un ingenio novel o de un desequilibrado, podría desdeñarse. Su autor es una figura entre los notables: un laureado de la opinión, y hay que analizar sus trabajos.

He aquí un trozo, como el triste fracaso de un talento sin oriente, como la agonía de un ave lira bajo el ardiente llamear de una selva incendiada:

¡Helios!, tu triunfo es ese
pese a las sombras, pese
a la noche, y al miedo y a la lívida Envidia.
Tú pasas, y la sombra, y el daño, y la desidia,
y la negra pereza, hermana de la muerte,
y el alacrán del odio que su ponzoña vierte,
y Satán todo, emperador de las tinieblas,
se hunden, caen. Y haces el alba rosa, y pueblas
de amor y de virtud las humanas conciencias;
riegas todas las artes, brindas todas las ciencias;
los castillos de duelo de la maldad derrumbas,
abres todos los nidos, cierras todas las tumbas,
y, sobre los vapores del tenebroso Abismo,
pintas la Aurora, la Oriflama de Dios mismo.

¡Helios! Portaestandarte
de Dios, padre del arte,
la paz es imposible, mas el amor eterno.
Danos siempre el anhelo de la vida,
y una chispa sagrada de tu antorcha encendida
con que esquivar podamos la entrada del Infierno.

Que sientan las naciones
el valor de tu carro, que hallen los corazones
humanos en el brillo de tu carro, esperanza;
que el alma –Quijote– y el cuerpo –Sancho Panza–,
vuele una psique cierta a la verdad del sueño;
que hallen las ansias grandes de este vivir pequeño

una realización invisible y suprema;
¡Helios!, que no nos mate tu llama que nos quema.
Gloria hacia ti el dulce aroma de manzanas,
de los cálices blancos de los lirios,
y del amor que manas
hecho de dulces fuegos y divinos martirios,
y del volcán inmenso
y del hueso minúsculo,
y del ritmo que vibra en el corpúsculo,
y del Oriente intenso,
y de la melodía del crepúsculo...

La crítica petulante alardea de profundizar en los detalles. Y no habría obra humana, en arte o ciencia, ni el “Apolo” de Belvedere ni la “Venus Anadyomena” de Apeles, que no tuviera encima la carcajada estólida¹ de un idiota. El espíritu analítico busca, preferentemente, en todo trabajo, la sabia concreción del conjunto; y forma juicio. Crítica no es desmenuzamiento, sino estudio juicioso de obra o vida. La Crítica enseña, moraliza, corrige: es decir, edifica.

“Helios” es un salto sobre la Regla: aceptado. Es una irreverencia a la Forma: aceptado. Pero es un montón de frases hechas, sin ritmo, sin majestad, sin la armonía delectante que da colorido y dignidad al verso. Es un mosaico roto.

Entre la prosa y el verso de Rubén Darío, hay sima profunda. Es el Luis Forian de la poesía. Ama, como aquel pintor admirable, la gloria de teatro. Su canción es, como la espuma del Champagne, fugaz, efímera, bullente, brillante un momento no más. No tiene la solidez de la obra de Forian, sino su efecto. Persigue la emoción, creyendo producirla; pero solo crea la duda. ¿Es este poeta un innovador o un decadente? –Y, a medida que se estudia, el nimbo del bardo palidece y el hombre queda, en un pobre desmayo de luz y mímica, como esas figuras mecánicas de exhibición, que se mueven breve instante sobre sus peanas de yeso dorado, como diciendo al curioso “Mírame y pasa”.

¹ Estólido, falto de inteligencia y discurso; estúpido. [Nota del editor.]

En un museo de niños, el ópalo falso, con sus cambiantes ecuóreos, fastuosa maravilla de la industria, simboliza la Grandeza. Así, en la literatura decadente, Rubén Darío es el apóstol. Con su varilla mágica, pitonisa misteriosa, organiza a sus discípulos, que le rodean, pálidos como descoloridas efigies, largo el cabello ondeado por la tenacilla barberil, los ojos apagados como el último lampo de un sol poniente, y el alma pesarosa, descontenta, herida por el hastío y la misantropía. Creyó Rubén Darío fundar escuela, no como Montaigne con sus *Ensayos*, sino con una corte de parias del artificialismo intelectual

No era posible. Ni siquiera se encuentra un rastro que señale rumbo fijo y horizonte de progreso a esa literatura de abatimiento, disfrazada de dominadora Cleopatra, que era la fantasmagoría de un espectro extraño, estrambótico, inverosímil, más necio que serio, más frágil que perdurable, más impresionista que humano.

¿Qué beneficio puede esperarse de ese lirismo pasmoso? ¿Y qué esperanza crea? ¿Y qué progresos fija?... ¿Es el arte por el arte, sin respetos al arte? Romper moldes parece empeño, y ninguno ha roto: los del “catedratismo” estaban destrozados y desautorizados: el viejo “clasicismo” incoloro, metódico, con sus contorsiones de vieja rezadora que aún ama el cosmético, ha perdido su encanto. Una finalidad se vislumbra en la labor poética de Rubén Darío y es ésta: la exageración de la nota, para corromper el Romanticismo, ahogando su inmemorial poderío psíquico en el vaso de espuma de sus extravagancias. Vaso quebradizo, que saltará en pedazos. Francamente, esto sería abominable; y siendo abominable, dudo de que mi pensamiento sea atrevido e injusto.

No destruyamos la Belleza, porque destruimos el Arte; no hagamos figuras de estuco, sino de sólido mármol. Si la poesía es la “música del alma”, que dijo Arouet, sea también el alma de la música: la expresión clara y gallarda del sentimiento y de las ideas.

Los versos de Gutiérrez Nájera, de Acuña, de Flores, de Díaz Mirón, de Peza, de Mármol, de Moncada, de Blanco Fombona, tienen el encanto de espontáneas bellezas: en ellos no hay coqueterías decadentes, ni pesadeces académicas. Se sienten y se estudian. No así los versos que actualmente produce el laúd de Rubén Darío. Procu-

ra este poeta lucir habilidades, y esta ambición liviana pervierte y mata su generosa inspiración. La tribu abigarrada de sus visiones de “boudoir”, pasa bailando como Loie Fuller², la creadora de la “serpentina”, frente al erguido cantor. Y sabemos, por él, de suspiros de ingratas duquesitas, de arrebatos de príncipes eufóricos, de japonesas envueltas en chales zafirinos, de pensamientos azules como turquesas o rojos como granates, y de sonatas grises... Pero ¿qué dejan al bondadoso lector esas estériles musarañas en convulsión? El triste convencimiento de la esterilidad de esa labor de mosaico, tan pobre de grandeza y de realidad. Crean como los cuentos de hadas, el vicio de la fantasía y la enfermedad de las ideas. Obra de capricho y no de progreso.

El enigma está en derrota. Mientras Eloy G. González escribe “Al margen de la epopeya” y Enrique Rodó *Ariel*, y Díaz Rodríguez *Ídolos rotos* y Vargas Vila *Flor de fango* y Octavio Bunge y Luis Comenge y cien más estudian la psicología de las naciones; mientras busca el espíritu humano el origen y la solución de los grandes conflictos sociales, abrazado al Arte, a la Ciencia, a la Ética, ¿quién se atreve a soñar con Dulcineas?

La visión de Lorelay ha pasado...

En la prosa literaria, Rubén Darío es otro hombre. Brilla en su trabajo el escritor sereno, observador, minucioso, colorista. Pensador y poeta, quiere hacer versos que son pura prosa. Pretender destruir la original cadencia, la euritmia delicada del verso, es un despropósito. Wagner hizo soberanas reformas filosóficas en la Música, pero sin proscribir el alma inmortal. Si el verso pierde su armonía, la del alma humana, deja de serlo, y sin ser verso, no es prosa, sino simplemente un guirigay sin belleza, sin grandeza, y sin objetivo. Me atrevo a declarar que el verso castellano tiene su límite como el mar: no debe pasar del “alejandrino”. Fuera de este límite, todo verso es forzosamente ilegítimo. ¿A qué más? No debe hacerse el ridículo ni escribiendo versos...

² Marie Louise Fuller (1862-1928), bailarina y actriz estadounidense que popularizó hacia 1890 ese tipo de baile grotesco y de vaudeville en el cual las bailarinas manipulaban largos trajes.

Desearía haber silenciado mi opinión sobre la poesía de Rubén Darío, por la estimación en que le tengo como artista. Pero ¿no servirá de utilidad para los jóvenes que comienzan la vida literaria? No creo que se deba considerar como absoluto el metodismo poético de los viejos textos; pero no veo con placer que la Anarquía, que en política ha producido siniestros estragos, pretenda también levantar sus tiendas rojas, rojas como las pasiones que despierta, en los campos fecundos del Arte. Demos, los que amamos ese Arte, un “alto”, con gesto altivo, a los que, desorientados un instante o atraídos por la ficción de la novedad, intentan fatalizar la Belleza, alma de la vida. Y, sin vituperio para el intento ajeno, pongamos bajo el acero de la crítica la obra facciosa, no por el deslustre de las Letras, sino por los éxitos que mata. Deber es estudiar el gran progreso humano y contribuir a su desarrollo con varonil esfuerzo y noble sinceridad. Crea Rubén Darío que su obra ha fracasado. Y, con “Helios”, toda esperanza de resurrección.

1905.³

³ Félix Matos Bernier, “HELIOS”, en *Isla de Arte*, San Juan, Tipografía La Primavera, 1907; pp. 141-146.